

go de frases y rimas, fácil al parecer y que honraria á un consumado maestro. ¡Y decir que tan asombrosa libertad va unida con el artificio de la octava real y el rebusco de las consonancias más peregrinas y rebeldes del idioma! Alardes son éstos que asombran al lector sin coartar el vuelo satírico del poeta, que recorre á sus anchuras los altos y bajos del asunto, prodigando enumeraciones y contrastes, describiendo en cada línea una figura de relieve y como saliéndose del lienzo, á la manera de los grandes escenógrafos naturalistas. No negaré la ventaja que por distintos conceptos llevan á la presente otras sátiras de la literatura antigua y moderna; pero así se patentiza mejor su originalidad, genuinamente española, ó para decirlo mejor, andaluza en todas sus partes. Entre los nuestros sólo tiene verdadera analogía con Vargas Ponce<sup>1</sup> el inmortal Bretón de los Herreros.

Andaluz era también en gran parte el temperamento literario de D. Juan Bautista Arriaza (1770-1837), poeta cortesano y tráfuga inocente de los dos encontrados partidos que dividían á los españoles, un poco epicúreo en la práctica, pero ardientemente unido al entusiasmo nacional contra la ambición del tiranocorso. Hallándose en Inglaterra publicó sus *Poesías patrióticas* (Londres, 1810), aumentadas en ediciones sucesivas<sup>2</sup>, aunque ya mucho antes eran conocidos los primeros ensayos de su fecundo numen.

*Los defensores de la patria*, el *Himno de la victoria*, la *Profecía del Pirineo* y *El Dos de Mayo en 1808*, cantos guerreros en que la llama de la poesía nace de la de un sentimiento ardiente y nobilísimo, merecen colocarse junto á los de Gallego y Quintana, en honoro aunque más humilde lugar. Ninguna otra lira repi-

<sup>1</sup> *El Peso-Duro*, con las demás poesías del autor, fuera de la *Proclama*, habrían sido mejores quedándose por escribir.

<sup>2</sup> La mejor es la de 1829, reproducida con adiciones en el tomo III de *Poetas líricos del siglo XVIII*.

tió con más fidelidad el grito de la indignación española contra el francés, que la de Arriaza cuando exhaló aquel acento sublime:

Este es el día que con voz tirana,  
Ya sois esclavos, la ambición gritó;  
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,  
*Muertos sí, dijo, pero esclavos no.*

Lo restante de la elegía *El Dos de Mayo* y las composiciones análogas del poeta se resienten de la incorrección que en él formaba inseparable compañía con la facilidad para componer, pues siempre le fué muy molesto el trabajo de la lima.

Diálogos de pastores, sueños idílicos y suaves cancioncitas en diversidad de tonos, componen el total de los versos en que celebró Arriaza los triunfos de Cupido; versos de la juventud en su mayoría, y en que no es tan visible ni tan empalagosa la imitación como en la mayor parte de sus contemporáneos. Del inmenso farrago de prosa rimada con que hubo de celebrar á la fuerza las venturas y desventuras de la Corte á cuyas expensas vivió no debe tomarle la crítica cuentas muy rigurosas, porque al fin no es de todos el entusiasmarse de encargo, ni él pretendía encubrir con sonoras palabras la torpeza de las adulaciones, como suelen hacer los ingenios vendidos al poder, sino que casi siempre obedeció al impulso de la gratitud, la cual, cuando no inspira, tampoco abochorna ni envilece.

Anacreonte por afición pasajera, Tirteo por el influjo feliz de las circunstancias, poeta descriptivo, didáctico y hasta... *de real orden*, el carácter distintivo de Arriaza es el no tenerlo determinado; aunque sí una predisposición innata para hacer suyas todas las transformaciones posibles dentro de la poesía. Si algo hay en él íntimo y predominante, es la tendencia satírica, tranquilamente juguetona é inofensiva en el fondo, aunque en lo exterior presente la ruda corteza de un



lenguaje franco, atrevido y en ocasiones brutal. Su voz fué el azote que vengaba al arte de sus profanadores, y dique poderoso contra la irrupción de insulsos copleros y desocupados cazadores de consonantes.

Otra singularidad digna de notarse para comprender la vida y obras de Arriaza: fué el único poeta de fama que no formó en las filas del bando constitucional, permaneciendo adicto á la causa del monarca absoluto; pero en cuanto á sus verdaderos sentimientos, no opino que los realistas tuviesen razón para juzgarle como de casa, ni sabemos de fijo por qué se apartó de *los otros*. Aunque naturalmente honrado, no debieron mortificarle mucho estas cuestiones, por lo que tampoco nos hemos de empeñar en dilucidarlas.

La invención ingeniosa y culta está sustituida por el juego de puerilidades chocarreras en casi todas las fábulas y cuentecillos del otro escritor que arriba mencionamos, el prófugo D. Pablo de Jérica, quien, habiendo pasado en Francia una buena parte de su vida, acabó de perder las últimas reliquias de patriotismo que pudieron sobrevivir á los azares de la política y á la despreocupación de su singular carácter. Hasta aquí, y aun un poco más allá, tenemos un imitador aprovechado de La Fontaine; pero ¡cuánta distancia entre los dos si entramos en el terreno del arte! Jérica hace alarde, como en general los fabulistas, de un desencanto y una frialdad escépticos, que se traduce en exhortaciones morales de significación harto dudosa. Sus consejos, pues, no son para seguidos, y mucho menos su literatura, toda allegadiza y superficial, mezclanza de aforismos en aleluyas, cuadros al aire libre y rimas esparcidas á granel, sin otro propósito visible que el de repetir un episodio conocido ó cuyo desenlace se está previendo, para clavar al fin una sentencia de Pero-grullo ó de la Constitución gaditana.

<sup>1</sup> Allí dió á luz la colección más cabal de sus *Poesías* (Burdos, 1831).

Y dejemos en paz á los satíricos para entretenernos con aquella generación de humanistas (en el más amplio sentido de la palabra) que no consideraban incompatible con los favores de Apolo, para acomodarnos á su lenguaje, el saber griego y latín, ni el estudio de los clásicos más recientes, imitadores á su vez de los antiguos.

La erudición claro está que no hizo poetas á los que no nacieron tales, y por lo mismo no creo que protegieran las musas con larga mano al por otra parte doctísimo académico D. José Musso y Valiente <sup>1</sup>, traductor del *Ajax*, de Sófocles, del *Heantontimorurnos*, de Terencio, y de algunas odas horacianas, todo inédito entre sus voluminosos manuscritos, que hoy posee D. Marcelino Menéndez Pelayo <sup>2</sup>. El *Otium divos* del venusino encontró en Musso un intérprete fiel y severo; pero en las apóstrofes líricas *A los españoles en sus discordias civiles* <sup>3</sup> de tal modo y tan reciamente chocan el artificio retórico del lenguaje con el énfasis y la profusión del sentimiento, que no parece todo ello sino gimnasia para vencer obstáculos de rima y lucir pompas de estilo. Es excelente la conclusión, aunque con alguno de esos resabios:

En vano en son siniestro  
 Invoca libertad tu poderío  
 Gente dura al honor, al vicio blanda...  
 ¡No hay libertad do la virtud no manda!

Don Dionisio Solís y Villanueva (1774-1834), apuntador del teatro de la Cruz, amigo de Moratín y muy apreciable como dramático, se distinguió en sus com-

<sup>1</sup> Su deudo D. Fermín de la Puente y Apecechea le consagró un elogio fúnebre, que es á la vez apreciable biografía.

<sup>2</sup> Véase *Horacio en España*, segunda edición, t. II, páginas 434-435 (Madrid, 1885).

<sup>3</sup> Se publicó esta composición por primera vez en las *Memorias de la Real Academia Española* (tomo III, año 1871).



posiciones líricas por lo acrisolado y correcto de la versificación, cuyos secretos aprendió en los poetas italianos tanto como en los españoles. Son de inimitable naturalidad algunas de sus cantilenas; á otras las afea el sensualismo anacreóntico, quizás basado en recuerdos de la antigüedad clásica, como dice bien el Sr. Marqués de Valmar, pero más aún en la imitación de Meléndez y en las pastorales del siglo XVIII. Solís pretendió también el lauro de fabulista, para lo cual no le ayudó su índole poética, demasiado irreflexiva y brillante.

En amor é inteligencia de la literatura latina pocos aventajaron á D. Manuel Norberto Pérez de Camino, á quien debemos un *Arte Poética* escrita antes que la de Martínez de la Rosa, y versiones de Tibulo, Virgilio y Catulo, amén de los poemas, sátiras y canciones originales<sup>1</sup>.

No perdió el estimable magistrado burgalés, con su emigración forzosa á Francia, el amor del suelo patrio, que perpetuó en sentidas endechas, ni el de los autores castellanos, cuyo estudio le dirigía por el difícil camino del arte. Por su gran dominio de la rima expresaba mejor las ideas ajenas que las propias, cuyo caudal es bien escaso siempre que le falta el arrimo del modelo, y prefería constantemente las combinaciones métricas más elevadas y grandiosas, principalmente la octava real. De ella hizo uso en la versión de *Las Geórgicas* de Virgilio, atrevimiento en que otros le han seguido después, y gracias al cual, si no logra darnos el fondo íntimo del cisne mantuano, lo sustituye con la entonación robusta y sostenida, que no es de despreciar. Aquí estriba también el mérito de su

<sup>1</sup> *La opinión*, poema (Burdeos, 1820); *Poética y sátiras* (Burdeos, 1829); *Poesías sueltas* en las de *Líricos del siglo XVIII* (tomo III). El Sr. D. Manuel Alonso Martínez fué quien publicó las traducciones inéditas de Pérez de Camino: las *Elegías* de Tibulo (Madrid, 1874), las *Geórgicas* de Virgilio... (con la mencionada *Poética*). Santander, 1876.

*Poética*, que por la forma acaso lleve ventaja á la de Martínez de la Rosa, quedándose en la preceptiva, lo mismo que éste, con la de Boileau y el padre Horacio, cuyos pensamientos expone Pérez de Camino por medio de elegantes y gallardas paráfrasis. Después de cantar como sus predecesores la omnipotencia de la poesía, añade este ejemplo de propia invención, que á la vez puede serlo de su manera de versificar:

Aun de las hiperbóreas regiones  
El bronco ferocísimo guerrero  
El halago de harmónicas canciones  
En el festín amaba placentero:  
De la lira de Ossían los blandos sonos  
Calmaban de su pecho el ardor fiero  
Si de Morván lloraba la ruina  
O la temprana muerte de Malvina.

En la sátira sigue Pérez de Camino las huellas de Moratín con entera sujeción y bastante buen resultado, si se prescinde del espíritu nada laudable que le anima, que es el del siglo XVIII en toda su crudeza.

El nombre de D. Javier de Burgos va inseparablemente unido á su completísima versión de Horacio<sup>1</sup>, objeto de acerbos críticas y apasionados encomios, y que al fin es la mejor de cuantas poseemos en castellano. Así lo reconoce la opinión general, de la que se apartó sin duda Andrés Bello, aunque con la autoridad abrumadora de su fama y con la de un análisis, al parecer dictado por la imparcialidad, de la obra de Burgos. El ataque está magistralmente dirigido, los reparos nunca carecen de algún fundamento, y hasta tenía el sapientísimo venezolano la ventaja de saber cómo pudiera decirse bien lo que estaba mal dicho; ventaja no concedida á las detracciones de los criticastros envidiosos y vulgares. Y sin embargo, no tiene razón en

<sup>1</sup> *Obras de Horacio traducidas en versos castellanos...* (Madrid, 1820-23), 2.<sup>a</sup> edición, 1844.



absoluto; ya porque niega al traductor las cualidades de estilo poético que indudablemente poseía, ya porque exagera sus amplificaciones y descuidos, elogiando como de mala gana sus aciertos; ya, en suma, porque Horacio es intraducible hasta en prosa, cuanto más con las férreas trabas del verso, así el castellano como el de los restantes idiomas neolatinos. Burgos se acreditó igualmente de filólogo (lo que reconoce Bello) y de poeta, y odas hay en su *Horacio* que desafían á la adustez censorina y á la presuntuosa competencia: así la XIII del libro I, *Cum te, Lidia, Telephi*, la II del IV, *Pindarum quisquis*, y hasta me atrevería á citar la tan censurada *Aequam memento*, salvando algunos lunares impuestos por la factura misma de las estrofas. Aunque no tan feliz en ocasiones, siempre abunda en esos rasgos que no pueden proceder de la simple inteligencia gramatical, y sí sólo de otra más rara, que es la de los que se identifican con el asentimiento del poeta, y le hacen hablar de nuevo sin desfigurar más que el sonido exterior de las palabras. De Burgos se conservan muy pocas composiciones originales, y esas horacianas, como las dirigidas *Al porvenir* y *A la razón*, que entusiasmaban al romántico Pastor Díaz.

El gusto artístico de D. José Somoza, informado por una medida y una corrección exquisitas, le inclinaba á la imitación de la antigua escuela salmantina, y principalmente de Fr. Luis de León. La oda que le consagró, y las intituladas *Al río Tormes* y *El sepulcro de mi hermano*, son de un lirismo apacible, desacostumbrado entonces y ahora, si bien las tendencias del autor delatan pronto su origen escéptico y las condiciones sociales de la época en que fueron concebidas.

Liberal como Somoza, y conocido entre los suyos por haber redactado con Quintana y otros amigos el *Semanario Patriótico*, alcanzó también bastante celebridad con sus poesías el magistrado D. Eugenio de Tapia. Son las mejores las satíricas, desde *La posada*

y los toros hasta el poema burlesco *La bruja, el duende y la Inquisición*<sup>1</sup>; los chistes son espontáneos, y por las escenas á que era aficionado el autor corre un ambiente de sano naturalismo, aunque damos por supuestas las salvedades correspondientes. Entre las composiciones serias de Tapia sobresalen el fragmento épico á la conquista de Sevilla, los romances *El mar en estío* y *La vejez*, en los cuales aventaja á la parte moral la descriptiva; y también, á pesar de las comparaciones forzosas á que da margen su título, la elegía *A la muerte de la Duquesa de Frias*.

Aun nos queda algo que recoger en el inventario del clasicismo por lo que respecta á la lírica, y son los laudables esfuerzos de algunos otros poetas preteridos generalmente por los historiadores de este ciclo literario. Citaremos á D. Juan Gualberto González<sup>2</sup>, intérprete fidelísimo del *Arte Poética* de Horacio y de las *Eglogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio; á D. José Fernández Guerra, que imitó con gran esmero en *El cementerio de aldea*<sup>3</sup> la famosa meditación elegíaca de T. Gray; á D. José del Castillo y Ayensa, á quien no impidieron los negocios de la diplomacia y la política conocer la literatura griega con la perfección que demostró al traducir á algunos poetas menores<sup>4</sup>; y, finalmente, á un periodista de incansable actividad que llenaba de versos las columnas de *El Correo Literario y Mercantil*, D. Mariano Remente-ría y Fica<sup>5</sup>, cultivador de las epístolas que llamaban

<sup>1</sup> Véase el artículo *Tapia (D. Eugenio)* en los *Apuntes para una Biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, por Ochoa, tomo II.

<sup>2</sup> *Obras en verso y prosa* (Madrid, 1844). En ellas hay también algunos versos originales y fragmentos de un poema burlesco.

<sup>3</sup> La reprodujo D. Manuel Cañete al final de sus *Poesías*, nota 33. (Madrid, 1859.)

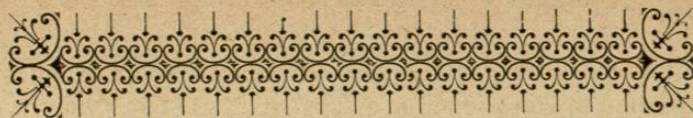
<sup>4</sup> *Anacreonte, Safo y Tirteo. Traducidos del griego en prosa y verso*. (Madrid, 1832.)

<sup>5</sup> *Poesías* (Madrid, 1840).



heroidas en la *De doña Blanca al Rey D. Pedro*, y convertido más tarde á la fracción semirromántica.

Al dirigir ahora la vista sobre el camino andado, sorprende desde luego el número y la relativa perfección de nuestros líricos en el primer tercio del siglo actual, á despecho de la indecisión en las teorías estéticas, del despotismo en los preceptistas y de la falta de unidad que anula los esfuerzos individuales. A la titánica lucha de la Independencia, que despertó vigorosamente el alma adormecida del pueblo español, se deben en gran parte los nuevos tonos añadidos á la lira de los poetas, y la inconsciente libertad que fueron conquistando hasta que se consolidó con el andar del tiempo y el influjo de las literaturas afines. Mas para no adelantar ideas remitimos al lector á las que se verán en los capítulos siguientes, mientras terminamos en su última parte la materia comenzada.



#### CAPÍTULO IV

Rápida ojeada sobre el Teatro en este periodo.—La Tragedia y sus cultivadores (Quintana, S. Barbero y Rosa Gálvez; Trigueros y Solís; Gallego, Tapia y La Calle; D. Antonio Saviñón; imitaciones de los dramáticos alemanes).—La Comedia (Enciso, Gorostiza, Burgos, Mor de Fuentes, Vicente Alonso, Carnerero, etc.).—La ópera italiana.—Grimaldi y «La pata de cabra».

**Q**UENTRAS en una ú otra forma centelleaba la inspiración lírica española, tendiendo á romper exuberante é inquieta los moldes de la tradición neoclásica, languidecía nuestra escena en poder de traductores agabachados é insulsos copleros. La decadencia iniciada en el siglo anterior no hizo sino agravarse, en términos que hacían casi imposible la renovación completa á no ser por asalto forzado, que fué como lo logró más adelante el romanticismo.

Las heces que daban á gustar á sus idólatras la Melpómene y la Talía transpirenaicas, los ditirambos de Alfieri, lo peor de los peores dramáticos alemanes, junto con los desperdicios de nuestro gran Teatro nacional: tales son los heterogéneos alimentos con que se pervirtió el buen sentido literario de nuestros padres, después de resistir heroicamente los combinados ataques del despotismo cesáreo (pues hasta aquí llegaban sus intrusiones en tiempo de Carlos IV) y de los eru-